

## art buchwald

### FOBIA ATOMICA

WASHINGTON.—El general LeMay dijo la semana pasada en su conferencia de prensa que los norteamericanos tienen fobia a las armas nucleares. Esto me impresionó, ya que yo la tuve durante mucho tiempo. Así que, cuando oí hablar de ello al general LeMay, decidí hacer algo al respecto. Fui a ver al doctor Adolph Strainedluff, un psiquiatra especializado en fobias a armas nucleares.

—Acuéstese en el sofá —me dijo—. ¿Cuál es su problema?

—Doctor —respondí mientras miraba al techo—. Tengo fobia a las armas nucleares... Sé que es una niñería, pero...

—Muy interesante. ¿Cuándo advirtió esta fobia?

—Creo que fue al tiempo de lo de Hiroshima o Nagasaki. No recuerdo exactamente. Vi las fotografías de toda aquella gente muerta, los kilómetros y kilómetros de escombros y, de pronto, me entró un gran temor de las armas atómicas.

El doctor Strainedluff golpeó su rodilla con el lápiz.

—Dígame, ¿cómo se manifiesta esa fobia?

—A veces, doctor, tengo la impresión de ver una nube en forma de hongo y siento que voy a morir.

—Muy interesante. Usted sabe que todo eso es producto de la imaginación, ¿no?

—Por supuesto, y por eso precisamente he venido a verle.

El doctor dijo:

—Está usted muy enfermo. Se le ocurre pensar que, porque una bomba mata a veinte años a unos cuantos millares de personas, usted está amenazado. Su hostilidad hacia las armas es una hostilidad infantil reprimida. A esto lo llamamos en psiquiatría complejo de inferioridad militar-industrial.

—Sé que estoy enfermo. Tiene usted que ayudarme —le supliqué.

—Muy bien. En primer lugar, deberá quitarse ese absurdo miedo a las bombas atómicas. Debe pensar en ellas como simples armas de nuestro arsenal defensivo. Su pongo que no sentirá miedo de un cuchillo...

—Bueno, no pienso en ellos.

—Entonces, ¿por qué sentí miedo de una bomba de hidrógeno? Pues es, como quien dice, una variante del cuchillo.

—Nunca lo hubiera pensado.

—Bien. Ahora enfrentémonos con los hechos. En Bikini hicimos explotar veinte bombas en un experimento. Éramos tan estúpidos que llegamos a pensar que no quedaría nada. ¿Sabe usted que después del experimento aquello está tan floreciente y que las ratas están mucho más gordas?

—Pero, ¡eso es estupendo!

—Los cocoteros están llenos de frutos, los peces abundan en la laguna y la tierra se llena con las voces de las tortugas. Eso sí, no prosperan los cangrejos de tierra.

—No me gustan los cangrejos de tierra.

—Pues no tiene por qué preocuparse.

El doctor comenzó a jugar con una granada de mano que llevaba atada a la cadena del reloj y dijo a gritos:

—Si quiere ser feliz, un individuo normal, deberá desahogar todo sentimiento pacifista de culpabilidad.

Luego se puso a caminar por el despacho:

—Así que váyase con sus estúpidas fobias. Y si no está dispuesto a recibir un poco de radiación por el bien del país, ¡váyase, váyase!

Después de este arranque colérico, ya no temo a las armas nucleares. Ahora le temo a él.

(Copyright 1968, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)



tenga dificultades para concentrarse. No hay duda de que si ustedes son padres-héroes, capaces de prefigurar para sus hijos una sociedad que permita un desarrollo sin cortapisas, tropezarán ustedes con un sistema escolar contrario a esos esfuerzos, pero no es menos verdad que un niño dichoso, abierto, tiene muchas más posibilidades de ser un buen alumno que un niño ansioso o intranquilo.

¿Conoce usted la importancia que tiene el que la madre se halle en casa cuando el niño regresa de la escuela? Una encuesta realizada entre niños pertenecientes al mismo medio y con una situación familiar idéntica ha revelado que, entre los alumnos con notas inferiores a la media, dos sobre tres pertenecían al grupo cuyas madres se hallaban ausentes al regreso de la escuela. Por otra parte, esos niños tenían sueños poblados de castigos, de enfermedades y de muerte.

¿Se sabe lo suficiente que los padres impacientes o demasiado intervencionistas, que no respetan la apasionada reivindicación de su hijo (expresada desde los dos años por el grito: "Solo... Yo solo!"), y no le dejan ninguna iniciativa, le pueden privar de la afición por el esfuerzo, con riesgo de que se convierta en un perezoso? ¿O que es muy conveniente que el niño disponga de un rincón personal en el que pueda soñar y jugar como guste, porque, según un educador, «Si no tiene un sitio donde guardar sus "tesoros" y sus secretos, los llevará en su corazón, y os lo cerrará con llave, por lo que vale más que sea un cajón...»?

Es muy conocida la manía que tienen los niños de hacer preguntas. Por muy cargantes que sean, hay que responderles. Negando a los niños las explicaciones que piden se esteriliza su curiosidad.

El niño, como las plantas, necesita luz, sol y espacio. Pero tiene también una necesidad esencial de ritmo, necesidad que forma parte del comportamiento humano. Un experimento hecho en Hungría a iniciativa del compositor Zoltan Kodaly lo ha mostrado así de modo revelador. Se comprobó que en las clases que incluían 45 minutos diarios (en lugar de 45 minutos semanales) de música, los niños demostraban más rapidez en cálculo mental y en lectura, más habilidad en escritura y en dibujo, mayor atención y más memoria e imaginación.

En cuanto a la necesidad de sueño de los niños es muy grande (y, según los educadores, insuficientemente res-

petada con mucha frecuencia). Un niño necesita de 12 a 14 horas de sueño hasta los cinco años; 12 horas, hasta los seis; y nueve horas, hasta los dieciséis años.

En un plano meramente psicológico resulta útil saber que hay tres «crisis» de la infancia que pueden perturbar el universo familiar: entre los tres y los seis años, el niño quiere saber cómo nacen los niños, y es necesario decirle la verdad, a ser posible, antes de los siete años. A esta edad sale de la infancia para entrar en la vida de escolar: hay que ayudarle a dar este paso difícil. Hacia los ocho, los nueve años, sus compañeros comienzan a contar mucho en su vida. Hay que ayudarle a vencer la timidez y vigilar su fanfarronería.

Por otro lado, es un error grave querer transformar al niño en un pequeño adulto o en un genio precoz. La mayor parte de los psicólogos son enemigos del «forcing» preconizado por ciertos libros anglosajones, en los que se cita el ejemplo de niños que, a los tres años, saben los nombres de los planetas, escriben a máquina sus propios poemas o que, a los cinco años, juegan al ajedrez. Otros libros quieren demostrar que un niño puede y debe aprender a leer a los dieciocho meses. Ahora se sabe que este género de educación precoz conduce a la esquizofrenia.

Algo que hay que desaconsejar también: el espectáculo de la violencia en la televisión. La violencia es infinitamente más peligrosa que el erotismo y puede provocar en el niño desórdenes psíquicos muy graves, sobre todo porque el niño no sabe distinguir entre las escenas reales y las escenas representadas por actores.

Por desgracia, aunque los padres observasen todas estas reglas, no se resolverían todos los problemas escolares de los niños. Porque si los padres modelo pueden existir, la escuela primaria ideal no existe.

Desde después de la guerra se sabe, por ejemplo, gracias al informe Langvin-Wallon, que los niños de seis años no son capaces de sostener la atención más que durante veinte o treinta minutos, y que hasta los ocho años el máximo tolerable de horas de trabajo diarias tan sólo es de dos horas y media. Y, sin embargo, en las escuelas se siguen manteniendo varias horas diarias de trabajo, cortadas por recreos, a todas luces insuficientes. Sin duda, la «revolución» de la escuela primaria está por hacer... ■ A. M. V.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Copé, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, R. López Golcochea, A. López Muñoz, José Monleón, Víctor Márquez Reviriego, César Santos Fontenla. A. M. Vilaine. FOTOS: Europa Press, Cifra y Archivo.